

cruel dulzor. Me da miedo.
 Esta casa me da entero bien, entero
 lugar para no saber dónde estar.
 No entremos. Me da miedo este favor
 de tornar por minutos, por puentes volados.
 Yo no avanzo, señor dulce,
 recuerdo valeroso, triste
 esqueleto cantor (poema XXVII)

Creemos advertir en casi todos los poemas de *Trilce* una aprehensión distinta, anormal, donde se mezclan alusiones y recuerdos patéticos (Vallejo despierta siempre en el lector un sentimiento de solidaridad o de amor) o tiernos de su infancia, anotándose diversas vivencias que dan a su expresión un temblor humano, que es eludido de inmediato con una burla, con una frase o una palabra que contrastan con la realidad que está encarando, a la vez que puede estar describiendo subjetivamente o a veces intelectualizándola hasta lo incomprensible, hasta que concluye con una inesperada manifestación prosaica o alterna a éstas con metáforas muy parcas. Hay evidentemente una línea de desarticulación del poema, que de repente se va a articular u organizar con un simple verso existencial:

Otro día querrás pastorear
 entre tus huesos onfalóideos
 ávidas cavernas,
 meses nonos, mis telones
 (...)
 «Aristas roncadas uniformadas
 de amargos tejidos de esporas magníficas
 y con porteros botones innatos.
 «Se luden seis de sol?
 Natividad. Cállate. Miedo.»

Además de lo que estamos viendo, lo singular es que hay un sostén metafísico en los poemas de Vallejo, que por más herméticos o disparatados que aparezcan, siempre nos tocan interiormente por encima de su carácter abstracto y de su despersonalización, cualidades éstas que constituirán rasgos ciertos de la poesía contemporánea. Digámoslo de una vez: lo que en Vallejo importa es el fin que su poesía tiene; la meta reveladora de la condición humana hacia donde va dirigida. Por ello, la absoluta desaprensión por los elementos rítmicos o musicales del poema, atento sólo a lo que quiere decir o sugerir o lo que transmiten o comunican sus versos.

El cancerbero cuatro veces
 al día maneja su candado, abriéndonos
 cerrándonos los esternones, en guiños
 que entendemos perfectamente. (poema L)
 Oh las cuatro paredes de la celda.
 Ah las cuatro paredes albicantes
 que sin remedio dan al mismo número.
 (...)
 Amorosa llavera de innumerables llaves,
 si estuvieras aquí, si vieras hasta
 qué hora son cuatro estas paredes.

(poema XVIII)

Ya hemos visto cómo en muchas ocasiones un recuerdo intempestivo o una exclamación denotan estremeciendo el verso y estructurando el poema. En otros instantes, una emotiva descripción del momento se disloca de pronto con expresiones sin sentido preciso o concepto que corresponda al texto, creándole una atmósfera enigmática. Es decir, que hay siempre una fuente misteriosa de donde están manando estos versos y que también misteriosamente se yuxtaponen o se ensamblan, originando su propio lanzamiento, ajenos a los convencionalismos de la lógica o de la sintaxis, cuando no se trata de fracturas que dan su ya dicha personal captación de la realidad y su fusión o irreversión de los tiempos.

Estamos a catorce de Julio
 Son las cuatro de la tarde. Llueve en toda
 una tercera esquina de papel secante.
 Y llueve más de abajo ay para arriba.
 Dos lagunas las manos avanzan
 de dos en fondo,
 desde un martes cenagoso que ha seis días
 está en los lagrimales helado.
 Se ha degollado una semana
 con las más agudas caídas; hace hecho
 todo lo que puede hacerse miserable genial
 en gran taberna sin rieles. Ahora estamos
 bien, con esta lluvia que nos lava
 y nos alegra y nos hace gracia suave. (poema LXVIII)

Más que de surrealismo o de discordancias expresivas, creemos que en *Trilce* puede hablarse de una visión extraviada de la realidad, de un impulso verbal que arranca desordenadamente de su sensibilidad, la que de repente se ve sacudida por un relámpago patético que pone ante nosotros la misma vida del hombre o sus consecuencias. Y siempre este resultado es dramático o irónicamente elusivo o grave:

Dobla el dos de Noviembre.
 Estas sillas son buenas, acogidas.
 La rama del presentimiento
 va, viene, sube, ondea sudorosa,
 fatigada en esta sala.
 Dobla triste el dos de Noviembre. (poema LXVI)

En medio de un discurrir oscuro, o «absurdo» a veces, Vallejo sacude su verso con una interjección. Se distrae de su apenada percepción de la existencia mediante versos elípticos o distanciados de su verdadera preocupación, impersonales, como si usara máscaras para no descubrir su faz desdichada, hasta que inopinadamente sobrecoje al lector con una referencia dolorosa o amarga, que ha permanecido agazapada detrás de sus palabras, motivada por una tensión profunda y desestabilizadora que lo conduce a esta escritura extraña, alimentada de sorpresas donde más de una vez los vocablos entran en conflicto, correspondiendo al mismo ser conflictivo de Vallejo, en una suerte de crisis verbo-espiritual. Lo que a veces puede perder en estructura, que encamine al desarrollo estricto de un tema, lo gana en intensidad, en esa fuerza expresiva que pone en uno o dos versos que le dan sentido al todo, armado y organizado el poema.

Todos los días amanezco a ciegas
 a trabajar para vivir; y tomo el desayuno,
 sin probar ni gota de él, todas las mañanas.
 Sin saber si he logrado, o más nunca,
 algo que brinca del sabor
 o es sólo corazón y que vuelto, lamentará
 hasta dónde esto es lo menos. (poema LVI)
 (...)
 Oh valle sin altura madre, donde todo duerme
 horrible mediatinta, sin ríos frescos, sin entradas de
 amor. Oh voces y ciudades que pasan cabalgando en
 un dedo tendido que señala la calva Unidad...

No es sólo el trasfondo metafísico del poema sino también la estructura lo que sorprende al lector. En éstos como en otros versos, el discurso poético —si aquí puede hablarse de un verdadero discurso poético— se ve quebrado a cada momento y por esa ruptura Vallejo introduce palabras de una densa originalidad, tanto en lo que hace a los sustantivos como a los adjetivos, a los verbos y a los adverbios. Son a veces, palabras de un personaje delirante o de un ebrio o de un loco, que solo en mitad de la noche habla desarticulada y fragmentariamente acerca de sí mismo y de la realidad, que, de improviso, concluye con una reflexión lúcida, penosa, con un arranque intempestivo y/o imperativo que desasosiega o pone en guardia al lector. Esa rara humanidad vallejana vuelve la expresión desusada, caprichosa. Quedan acá señaladas, creemos, las peculiaridades estilísticas de este libro enigmático: quebradura verbal, exabruptos, arbitrariedades expresivas, originalidad metafórica. La frase inusitada puede darse en cualquier momento. Entrecruza vivencias, aspectos o referencias reales con incoherencias o manifestaciones fuera de toda lógica. Pero este estar fuera de la lógica se convierte en una forma de ser de su razón misma: su razón es alógica, pero es razón humana, cálida, visceral.

✧ He almorzado solo ahora, y no he tenido
 madre, ni súplica, ni sírvete, ni agua,
 ni padre que, en el fecundo ofertorio
 de los choclos, pregunta para su tardanza
 de imagen, por los broches mayores del sonido. (poema XXVIII) 28

O aquel otro recuerdo de la infancia —entre tantos— donde se ven desfilan a los queridos como inolvidables seres familiares, dentro de una atmósfera emotiva:

Tahona estuosa de aquellos mis biscochos,
 pura yema infantil innumerable, madre.
 Oh tus cuatro gorgas, asombrosamente
 mal plañidas, madre; tus mendigos.
 Las dos hermanas últimas, Miguel que ha muerto
 y yo arrastrando todavía
 una trenza por cada letra del abecedario. (poema XXIII)

✧ Si de cualquier modo al autor de *Trilce* las palabras le vienen de las entrañas y de los huesos y aparentemente salen sin ser controladas por su mente o sobrepasándola, no debemos olvidar sin embargo que Vallejo poseía una formación literaria, que había regresado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Trujillo con el título

de bachiller cuando a la vez cursaba el cuarto año de Derecho. Y además, en su juventud ya debió conocer a los surrealistas y a los simbolistas franceses más destacados, entre ellos el célebre Mallarmé.

En *Trilce* el lenguaje libra una lucha por ser la persona interior misma, el subconsciente que quiere imponerse a la conciencia y darse en un arranque espontáneo sin caer por eso en el automatismo surrealista, sino con una especie de superconciencia lúcida. El ser habla por su boca sin atenerse a convenciones gramaticales o literarias. Al romper con todas las ataduras, corre el riesgo de su propia escritura:

Es de madera mi paciencia,
sorda, vegetal.
Día que has sido puro, niño, inútil,
que naciste desnudo, las leguas
de tu marcha, van corriendo sobre
tus doce extremidades, ese dobléz ceñudo
de después deshíláchase
en no se sabe qué últimos pañales.
(...)
Y se apolilla mi paciencia
y me vuelvo a exclamar: ¡Cuándo vendrá
el domingo bocón y mudo del sepulcro;
cuándo vendrá a cargar este sábado
de harapos, esta horrible sutura
del placer que nos engendra sin querer,
y el placer que nos DestieRRa! (poema LX²)

En *Trilce* el enigma se resuelve en una concepción de la vida, un fatalismo telúrico, un angustioso resuello de bestia acorralada por el azar, una forma de ser del mestizo, donde se dan los extraños más opuestos: un misticismo no católico y una inclinación hacia las cosas elementales que él racionaliza y conduce misteriosamente hacia adentro estableciendo un asombroso como delirante diálogo con aquéllas o con los demás seres. Tal vez por eso sobrevivirá al tiempo y conservará su actualidad por encima de las épocas literarias, debiendo explicarnos este libro como el producto de dos culturas entrecruzadas que se chocan desde su sangre misma: la indígena y la española. Es éste el propio enigma que subyace en el espíritu de la raza castigada, de sus antecesores maternos. Como estamos viendo, un libro todavía con mucho futuro.*

Félix Gabriel Flores

* Todas las citas han sido tomadas de las Poesías completas de César Vallejo (Edit. Losada, Buenos Aires, 1949).